

VIII

La noticia ha corrido por el pueblo como riada de primavera: «Juancho el de Celesta vuelve de América.» Coméntase el suceso en la bolera y en la mina, y sobre el mar en las barcas que van á la pesca, y en la playa de á Oriente, donde los aldeanos recogen las algas, y en la de á Poniente, donde los mineros empujan las vagonetas para cargar el vaporín; y al anochecer las mozas piensan vagamente en aquel Juancho que ha de venir, mientras trenzan su danza monorítmica, puestas en corro, al compás de la canción que dice:

¡Vengo de la Habana, madre!
¡Vengo de la Extremadura!

Celesta vive aquellos quince días en imponderable agitación. Con señá Juana la de Rodés, no cesa el cabildeo ni un instante:—Que hay que arreglar el cuarto para Juancho; que

si la sala que mira á la bolera; que si el gabinete que mira al corredor; que si cama de hierro; que si colchón de muelles; que si sábanas de puntilla. Afortunadamente, la tendera sabe de agasajar huéspedes, porque antaño en su casa estuvieron viviendo cosa de un mes los ingenieros que vinieron á inspeccionar la mina, y la sala—al cabo es la sala la elegida—queda dispuesta como por mano de ángeles; el tillado reluce bajo bruñida capa de cera; las paredes deslumbran de blancas, y en ellas campan hasta cinco cuadros con marcos de caoba, con vistas de mares y de barcos; en los balcones hay sendas cortinas de algodón rojo, y las almidonadas puntillas del lecho tienen pompa imperial. En un palanganero de madera hay una diminuta jofaina de loza, y pendiente del clavo, junto á él, una toalla—lujo exorbitante—de luengo pelo y franja azul.

—Ea, á cerrar, que no se empolve, y ya puede venir cuando quiera.

—Contentá estarás, mujer.

—Sí que lo estoy.

—¿Casóse Juancho en Cuba?

—Soltero vuelve como se fué.

—¡Mira tú que es suerte!

—Sí que la es.

—Porque ya no se casa, digo yo; y, ¿á quién le va á dejar lo que tiene?

- Bien puede que se case.
- Viejín es ya.
- ¡Qué dices, mi alma! Cincuenta años cumplió por San Juan; para un hombre, la flor de la vida.
- Y que cuentan que va á hacerse una casa á estilo de Madrid.
- Sí que lo cuentan.
- Pues mira, en aquel castaño que tengo yo, según se va á la ermita, no estaría fea.
- ¡Qué había de estar, mujer, qué había de estar!

IX

Madrugó el sol aquella mañana, que fué la del día 20 de Julio; asomó hinchado y rojo sobre las lomas que están á Oriente, camino de Luanco, y fué subiendo y derramando luz sobre los prados que cubren el declive, felpudos y frescos, y enredándola entre las greñas de las zarzas que hay sobre las cercas; declive abajo vino la luz á caer en la playa, y aquí fué su gran fiesta; por medio de la playa entra un río en el mar; es un río manso, de aguas pocas y silenciosas, que están tendidas sobre la arena con gesto de molicie; allí está la casa del molino. La luz del sol cayó sobre las aguas perezosas y nacieron en el cauce rebrilleos de plata y de oro; y también las arenas rebrillaron; creo que estaba bajando la marea é iban las olas en su retirada rizando el suelo en curvas amplias y simétricas; sobre el lomo de cada curva suscitóse un filete de luz, y el sue-

lo, empapado, era como sábana de oro fundido; había á trechos reflejos color de sangre, y los ásperos arrecifes negros se anegaban en tintas violetas; las algas prendieron á su carne fantástica todas las rosas del amanecer: el mar, que era uno con el cielo, se alegró como el cielo, porque salía el sol, y sus aguas, alborozadas como niñas, dijeron sus mejores canciones. El sol seguía caminando: trepó desde la playa monte arriba plateando el maíz; las umbrías de castaños y pomares no le dejaban penetrar; pero él ponía su clara sonrisa sobre el ramaje, y las frondas cantaban de gozo; cantaba también el coro de los pájaros. Ya llegó á la planicie; en los muros grises de las casas viejas puso filetes empurpurados, y en las nuevas, pintadas como barcas, fundió lo agrío de los colorines bajo una dorada niebla de luz. En el barranco, poblado de pinos, hubo como un acorde de arpas, un suspiro profundo de la tierra, y en la espadaña de la iglesia cantaron las campanas la salmodia matutina.

Entonces, sobre la misma loma por donde asomó el sol, aparecieron hombres y caballos y se acercaron á Rañueles, siguiendo el camino que la luz poco antes siguiera. Descendieron los declives verdegueantes, serpenteando entre las rocas; entraron en la playa; llegaron á la casa del molino; aunque venían

á buen paso, cuando se detuvieron un instante á la orilla del río iba más que mediada la mañana, y entonces algunas gentes que atisbaban desde las alturas de Rañueles pudieron distinguir que los caballos eran tres y dos los hombres, porque el tercer animal venía cargado con sacos y maletas. Era el uno de los jinetes, al parecer, alto, flaco y tieso; venía vestido á lo señor, traía un sombrero de paja fina, de chata copa y profusas alas, y, como se vió al entrar en el pueblo, traía la cabeza como ramo en jarra, embutida en negra, durísima y lustrosa corbata; cabalgaba marcial y erguido, como de sí mismo satisfecho, mirando en torno suyo á la tierra y al mar, como si de ellos tomase posesión y asentase dominio sobre sus verdores, espumas y espejeos, y, sin duda, hablaba con voz campanuda al jinete su compañero, si bien las gentes apostadas en su espera aún no le alcanzaban á oír.

El compañero del pomposo señor era Quico, el hijo de Celesta, con lo cual queda dicho que el que tan satisfecho llegaba era Juancho, el tío de la Habana, la mina viviente, esperanza y gloria de la menesterosa familia.

Quico venía delante con resignado caminar, cabizbajo y meditativo, como si la grandeza de su tío le anonadase; porque era de tal naturaleza la expansión de orgullo del indiano,

que no parecía posible que pudiera vivir á su sombra otro gozo que el suyo. Así subieron la peñascada senda monte arriba; los aldeanos salían de los huertos y prorrumpían en bienvenidas no exentas del cierto saborcillo socarrón que es peculiar á la gente asturiana. Juancho pronunciaba en retorno frases pomposas, como fragmentos de un discurso que viniese rumiando, y pasaba; el caballo, que era medianejo, no acertaba con la actitud gallarda, propia de la ocasión, y á pesar de los espoleos y tirones de brida con que le hostigaba el indiano, persistía en inclinar hacia tierra la testa melancólica y en alargar el flácido pescuezo para alcanzar las yerbas que á orilla del camino verdeaban; llegados al recodo y á la fuente, el animal se obstinó en beber; era testarudo, y nuestro Juancho se vió obligado á detener la marcha. Erguido sobre el penco, que se descoyuntaba para hundir el morro en la corriente, tendió la vista en torno, y dijo al mancebo con voz dominante:

—¡ Buen castaño!

—Bueno, sí, señor—respondió dócilmente el fascinado Quico—. Es de señá Juana la de Rodés.

—¿ Y aquella huerta de la derecha?

—También de señá Juana, señor.

—¿ Y aquel maizal grande que vimos subiendo?

—También suyo, señor, y la pación de allá arriba, y usted no sabe cuánto monte; quiere decirse que es como si fuera la reina del pueblo y que no hay quien campe más que ella.

Resopló el indiano, irguióse más y más, el jipijapa adquirió majestad de corona y la corbata reflejos acerados como de armadura, y dijo mayestáticamente:

—¡ Eso lo veremos!

Entonces, como el jaco terminó de beber, siguieron la marcha.

X

La explanada en que desemboca el camino y que es como plaza en aquel pintoresco Rañueles del Monte, está rumorosa y vibrante con el hormiguar de todo el pueblo que espera al indiano; los pañuelos blancos en las cabezas de las muchachas son como alas de gaviota, porque el viento los hincha y los levanta, haciéndolos aletear; el charloteo de las comadres es tenue é incesante, como susurro de un maizal, y los chiquillos retozan entre las faldamentas femeniles y chillan y se enraciman y se desparraman, sembrando en la callejera solemnidad la alegría de su desorden. Subiendo la cuesta aparecen las amarillas alas del sombrero de Juancho; luego, bajo ellas, el rostro moreno y tostado; después la corbata inflexible y el tieso busto, y al fin el caballo melancólico. Ante la aparición del esperado, la multitud calla; acaso hay en su silencio asomos

de desilusión; acaso es poco el héroe para la epopeya. Juancho, sin duda preparado al lance, saluda descubriéndose; entonces, libre del jipijapa, muéstrase la calva deslumbradora; es color de marfil y tan pulida, que la luz en ella se quiebra y se irisa; circunda su blancura tenue colgante de cabellos entre negros y grises; la frente está marchita, pero los ojos tienen llamas, y es la boca en el rostro moreno extraña flor roja que está pregonando sensualidad.

Del grupo silencioso sale una hembra con arranque épico. Tiende los brazos, yergue la cabeza y grita: «¡Juancho, hermano!» con voz aguda. Es Celesta. El indiano majestuosamente echa pie á tierra; hay abrazos y lágrimas por parte de ella, ademanes de condescendiente abandono por parte de él; luego la presentación de rapaces. Este es Celestín, el retrato vivo de su padre, y ésta Rogelia, la más chica, que se da un aire á madre, que está en gloria, y bien apañada que es; ese otro es Juanín, que es tu ahijado, aunque tú no lo sepas; besa al padrino, niño; así, en la mano.

El pueblo, como coro de tragedia, contempla aprobador las expansiones de los héroes, y se conmueve y salen de él rumores que son, como las voces de la Naturaleza, elocuentes por incomprensidos. Celesta triunfa y se yer-

gue con altivez ingenua, penetrada de la importancia de su papel; sus hijos hacen muecas á los otros rapaces, engreídos por el ilustre parentesco.

—¿Y de Quico, hombre, no me dices nada? ¿Qué te pareció?

El indiano recorre el grupo familiar con mirada escudriñadora.

—¿No me dijiste en una carta que tenías una hija moza? ¿Por qué no ha venido?

Celesta, en su gozo, se ha olvidado de Malia; atarúgase sin acertar con la respuesta conveniente; luego escudriña en torno. Malia no parece.

—¡Pero dónde estará esa rapaza! Hay para matarla. Tú, Rogelia, Juanín, ¿dónde está Malia?

Rogelia y Juanín se miran, sonríen y callan.

Celesta, furiosa, zarandea á sus hijos.

Al cabo la nena responde con graciosa media lengua:

—Dice que no quiere venir, porque le da vergüenza.

Una comisión sale en busca de la vergonzosa doncella, y al cabo viene entre el coro de sus amigas, roja como una roja amapola, con la vista en el suelo y el pecho palpitante, más bonita que nunca.

El tío la acaricia el terso rostro con morosa delectación.

—Mírame, mujer, no tengas miedo, levanta esos ojos.

Y cuando ella obedece el mandato y le mira con aquellos ojazos que no se sabe si son azules como el cielo ó verdes como el mar, el bueno del tío se queda turulado y dice sin saber lo que dice:

—Vaya, mujer, que eres lo mejor de la familia.

El coro aplaude, el indiano se ríe, y Malia, desafortadamente, rompe á llorar.

XI

Aún no hace un mes que llegó al pueblo Juancho, y ya Celesta gasta saya de merino negro y pañuelo de talle con flecos; Quico tiene calzones de pana y fuma del estanco; Celestín y Juanín y Rogelia calzan botas traídas de Gijón. En el castaño de señá Juana están edificando la casa del indiano: ha de ser la fachada toda de piedra con balconada y pórtico, profusa en herrajes y cristalería; por la parte del Norte que mira al mar, tendrá una galería cubierta á estilo de las tierras en que el dueño vivió, y al pie de ella habrá un jardín con flores. Para peras, manzanas, alubias y coles, ya está el huerto camino de la playa, que ha comprado Juancho al señor capellán; para maíz, los maizales de más abajo, y para leña, el pedazo de monte que ya también es suyo; amén de los tres prados en que pacen media docena de vacas rojas.

Juancho—don Juancho, como le llama el pueblo—ha hecho á la iglesia de Rañueles una singular donación; es una lámpara votiva, dorada y refulgente, que tiene la figura de un buque de alto bordo; tiene profusas velas de esmalte blanco, casco bruñido, complicadísimo mascarón, escalas y jarcias de primoroso trenzado y cuatro fanales que son cuatro lámparas, dos verdes y dos rojas: en el casco hay grabada una inscripción romántica, que dice cómo don Juan Moriedes, después de cruzar mares y de juntar fortuna en tierras lejanas, volvió á la suya á disfrutarla en paz; y de todo ello da gracias á Dios. Esta donación épica ha hecho venerable en Rañueles el nombre del indiano, y no menos exaltación de orgullo satisfecho ha causado entre pescadores, mineros y aldeanos la erección en la playa que mira á Oriente de una caseta para baños, lujo hasta entonces desconocido en aquel buen rincón de tierra asturiana, donde los escasos bañistas se contentaban para guarda de pudores con las naturales grietas del acantilado.

Este largo día de Agosto, levántase el indiano bien de mañana; el campo está fresco y huele á salud; el cielo claro, la tierra jugosa; los pájaros tienen ganas de cantar; Juancho, con reposado andar, baja por la senda que hay entre huertos y maizales y llega á la pa-

roquia en el momento en que tocan á misa; óyela con devota ostentación de hombre acomodado y eminente que siente su deber de dar ejemplo, y una vez finado el servicio sale al pórtico, donde charla con el capellán. Por donde vino vuélvese al pueblo; las moras le ofrecen su pulpa jugosa; las madreselvas mecen en honor suyo los marfileños incensarios de sus corolas; la menta humilde se despepita por suscitar desde los ribazos bocanadas de buen olor. Ya en el pueblo, don Juan va á ver las obras del palacio; los blancos cimientos salen de la tierra como huesos desenterrados; desde aquella altura se alcanza á ver el mar, sobre cuyas aguas, muy lejos, está flotando una escuadrilla de lanchas de pesca. En cabildeos con el maestro de obras húyese la mañana y llega con el mediodía la hora del yantar. La comida es solemne, servida por Celesta y señá Juana Rodes, sentado el indiano á la cabecera de una larga mesa que extiende ante él su soledad. El héroe come reposadamente, y las mujeres, entre plato y plato, le piden cuenta cosas de *aquellas tierras...* ¿Es verdad que las gentes de la Habana son negras como el tizo? ¿Es verdad que las señoritas se pasan los días tendidas en la hamaca dándose aire con el abanico? ¿Es verdad lo de la gran calor? ¿Y lo de que esos picarones del

Gobierno vendieron á Cuba por un montón de duros?

Juancho á todo responde con pausadas y medidas palabras. Esto es cierto, aquello no lo es; en lo tocante á vender la isla habría mucho que decir y no poco que callar; por sí ó por no, más vale callarlo todo. Entretanto chupa un sustancioso alón; á señá Juana no se le escapa la satisfacción del huésped, y exclama en un arranque de patriotismo *sui géneris*: ¡Cosas buenas habrá en aquellas tierras, digo yo; pero lo que es gallinas como las de Rañueles!... A doce reales tengo vendidas más de veinte para la feria de Avilés.

Después de bien dormida la sabrosa siesta, sale el indiano á dar un paseíto; atraviesa las calles silenciosas donde algunos chiquillos, sentados á lo turco á la sombra de las paredes alzan la voz en demanda de una perrina. Don Juan es pródigo en moneda de cobre y por ende muy popular entre la chiquillería de Rañueles. Junto á la última casa del lugar empiezan las praderas; va el buen don Juan atravesándolas, complaciéndose en hundir los pies en la blandura fragante de la yerba; las vacas que halla á su paso quedan un instante mirándole melancólicamente y tornan á pacer; se han suscitado algunas nubecillas, y su sombra va y viene, sobre el verdor del suelo y so-

bre el lomo rojo de las vacas. Pasadas las praderas, hay un camino vecinal que va á la ermita de San Bartuelo; una vieja y un asno pasan por él.—Muy buenas tardes, señor don Juan.—Más allá del camino hay una cerca de pedrusco. Don Juan la salta y entra en el pinar, que por esta parte tiene pocos pinos, y no muy grandes; la frondosidad está más lejos, tierra adentro.

Es el pinar como mirador grandioso que da sobre el mar; desde él se ve la playa de la mina con su embarcadero y sus arenas ensangrentadas, y las barcas de pesca que descansan sobre ella, y aún mucho más allá el temeroso monstruo marino que finge la mole del Cabo de Peñas. El suelo está acolchado de yerba fragante; las briznas caídas de los pinos le mullen y aroman el aire. Don Juan saca el reloj, que es de oro y tamaño, y aun creo que con piedras en la tapa, mira la hora, sonríe, luego escudriña el camino por donde llegó como en espera de algo; de pronto, tiéndese en el suelo cuan largo es, y se recata tras el tronco de un pino. Oyese entonces como un eco lejano de risas frescas que se va lentamente acentuando; á las risas únense luego voces pueriles; ya se distinguen las palabras. A poco cruza el camino vecinal un grupo de chicuelas; son cinco, de entre siete y doce años,

y viene con ellas la arrogante Malia. Vanse á bañar y todas llevan sobre la cabeza el hatillo de ropa; vienen charlotteando como pájaros. Malia es amiga de los niños, porque es muy buena y muy mujer; siempre va acompañada por numerosa corte de rapazas; todas aquéllas tiénela por madre espiritual, y ahora, bajo su dirección, aprenden el arte natatorio. En el rostro de Malia hay una inagotable sonrisa, y sus ojos claros miran tan reposadamente las cosas, que parecen penetrar su secreto; tiene la voz vibrante, hecha para sonar al aire libre, y es toda ella cariciosa; pasa con sus amigas las chicuelas bordeando el pinar, y por un senderito que va serpenteando en la roca, se encamina á la playa; las niñas, unas la siguen y otras la preceden entre risotadas y resbalones. El indiano se arrastra hasta el límite mismo del pinar y allí queda, la vista á pico sobre la playa, donde en aquel momento el grupo de bañistas desemboca. Las chicuelas, por previa providencia se descalzan, hunden los pies en la arena húmeda y gritan de gozo al sentir su frescor; así van corriendo de un lado para otro. Malia las reúne y aquieta: es preciso buscar refugio para desnudarse; una á una visitan las hendiduras del acantilado y vanse acomodando en ellas, escasas de pudor como inocentes ninfas. Malia ha escogido la más honda; en la

abertura, sujeta con guijarros un lienzo blanco que se hincha con la brisa; allí está prisionera en la estrecha prisión de roca brava con la cernida arena por tapiz y el cielo por techo. Primero se santigua; luego, lentamente, porque el rumor del mar parece que la arrulla con perezoso halago, va descubriendo el blanco tesoro de su cuerpo, las piernas largas como de diosa, los brazos robustos, la curva de los hombros, que es como de mármol, el arranque del pecho, que es arrogante y promete glorias con su firmeza. Y sobre el tesoro, las miradas golosas del indiano, que sorbe con apresuramiento bocanadas de aire, como si la brisa que sube trajese hasta él la fragancia de aquella carne deleitadora. Malia se viste un saco de estameña parda, atraviesa corriendo la playa, refrena el paso al sentir la frescura del agua y va entrando en el mar lentamente. Las chiquillas la siguen, todas á un tiempo se chapuzan, y hay alborozo de risas, de voces, de juegos; el agua rota inunda los rostros, baña las cabezas; las bañistas se yerguen á veces, y la tela mojada modela los cuerpos, gráciles y esbozados aún. Malia se pone en pie también—el indiano apenas puede respirar—, y lentamente va saliendo del agua y cruza la arena y vuelve á la grieta de la roca.

XII

Vereda arriba caminan despacio, un poco fatigadas por el batallar con las olas, mordiendo sendos pedazos de pan, y entre bocado y bocado charlan como siempre:

—¡Qué calentina estaba el agua!, ¿verdá tú?

—Mira qué blancas se ponen las manos cuando se sale de la mar.

—Y aquí las yemas de los dedos parece que se quedan huecas.

—Y están muy arrugadas. Oye tú, Malia, ¿por qué será?

—¿Cuántos baños llevas? Yo tres.

—Y yo cuatro.

—Yo llevo ya siete; pero voy á venir todas las tardes mientras venga Malia.

—Pero has de ser formal; ayer por poco te afuegas, y no quiero sustos.

La más pequeñita grita:

—¡Mira tu tío, Malia!